

«El argumento de la película que se ha hecho de la vida de Caruso está tomado, en gran parte de mi vida. Caruso no ha sido carretero; yo sí»

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

ESTABA allí, con las anchas manos de cargador de muelle apoyadas sobre las rodillas. Estaba allí, con el peluquín de salir a escena y la chalina ancha, de crespon negro, para ir al café. Era chaparro; de tórax enorme, casi cuadrado, de pies grandes. Su cara aparentemente hosca, le daba aspecto de domador de fieras.

Era Hipólito Lázaro, el tenor español que compartió sus éxitos cantando con Enrico Caruso, con Titta Ruffo, María Barrientos y una por una, con todas las figuras de fama mundial en su tiempo.

—Caruso no dejó dinero porque se lo gastaba en propaganda. Fuimos amigos hasta que debuté en el Metropolitan de Nueva York. ¡Si me hubiera podido matar de una mirada!

Personaje fabuloso Hipólito Lázaro, su vida ha transcurrido en un medio novelesco. Nació en Barcelona, de familia humilde, conoció días de hambre y de miseria. Fué pastor, jardinero, vendedor de periódicos, albañil, mozo de taberna, carretero, mozo de labranza.

—El argumento de la película que se ha hecho de la

vida de Caruso está tomado, en gran parte, de mi vida. Caruso no ha sido carretero; yo sí.

Hipólito Lázaro está como obsesionado con el recuerdo de Caruso.

—Caruso fué silbado aquí en Barcelona cuando vino a cantar al Liceo.

—¿Qué cantaba cuando le silbaron?

—“Rigoletto”; no llegaba al “si bemól”. Ahora la gente dirá que yo saco esto porque le tenía envidia. Yo no he tenido envidia a nadie. Las operas que he cantado yo no las ha cantado nadie, como por ejemplo “Los puritanos”.

Se levanta, va hacia un tocadiscos que tiene en el comedor y nos hace oír una de sus grabaciones. Cuando suenan las primeras notas Hipólito Lázaro parece cantar mentalmente “Los puritanos” a coro con el disco.

—¿Sabe usted una cosa?

—Cuando yo fui a Milán había anunciados unos cuarenta artistas que cantaban “La favorita”. Ahora no sé que se anuncie ninguno. Cuando yo cantaba eran tiempos difíciles; había muchas figuras y la ópera estaba en su auge.

—¿Cuál ha sido la cantidad

máxima que ha cobrado usted por una función?

—Cinco mil quinientos dólares en el año 1918.

No se con qué motivo hablamos de un músico catalán, de Xavier Cugat.

—Cuando yo le conocí no era nadie. Entonces estaba estudiando violín. Se organizó un concierto para recaudar fondos con el fin de que ampliase estudios. Lo organizó todo el embajador de España en Nueva York. Fué como pianista Julián Huarte y yo me presté a cantar algunas romanzas.

Vuelve a levantarse para buscar el programa y en seguida regresa con él en la mano.

—¿Ve usted? Yo no miento:

“Selwyn Theatre” Nueva York. 19 septiembre de 1920. Concierto patrocinado por el Excmo. señor embajador de España, con la cooperación del eminente tenor Hipólito Lázaro”. Luego él ha dicho que este concierto lo cantó Caruso, cuando quien lo cantó fui yo como puede verse. Si Cugat ha mencionado a Caruso ha sido por conveniencias de su política comercial. Le preguntamos por Mario

Lanza.

—Me tiene miedo. Yo no he tenido miedo a ningún tenor. Me han dicho que Mario Lanza canta con micrófonos.

—¿Pero usted no ha tenido miedo nunca a la hora de salir al escenario?

—Sí. En el único teatro del mundo en que he temblado ha sido aquí en Barcelona, en el Liceo, donde me hicieron observaciones injustas. Aquí sí he temblado.

En estas profesiones en las que necesariamente le retira a uno la edad, no es fácil encontrar un ser conforme con su suerte.



Fotografía de Hipólito Lázaro realizada en Zaragoza en 1930 y firmada por el famoso tenor

—Pienso presentarme al público para decirle adiós. Quiero preparar una cinta magnetofónica con mis romanzas, por si se hace la película de mi vida que se haga con mi verdadera voz. Hipólito Lázaro vuelve a referirse al público.

—No he defraudado nunca al público. ¿Y sabe por qué? Porque no le he engañado. Se queda callado, como descausando de la agitación nerviosa que le produce el enfrentarse con el pasado.

—El ser catalán, para un cantante es una tara. Yo desciendo de baturros y por ser tozudo he triunfado.

Salimos al pasillo, hacia la puerta.

—Lázaro...

—¿Qué?

—¿Cómo es su vida?

—Muy aburrida porque nadie me contrata y yo tengo voz todavía. Me tienen encarcelado en casa.

“Diario Vasco”
21 Marzo 59